

# Transgresiones de la sensibilidad

“a ver cuándo me hace usted unas poquitas”

Transgresiones de la sensibilidad  
Sentado en el jardín

En él que tantas veces Criquiato (el "del Valle"), enteramente obscuro y sin — tan melancólico, observo y temo como debería a aquel las obras de su brillantez en carne humana — pensaba de que aquí era el lugar en que más desasosgado sentiría que sentirse, se quedaba hasta prácticamente la hora de comer echando cuentas y los tokkos hasta que, tras civilizar un buen rato y haber logrado cuadrarlas o una penumbra casi perfecta, concluía que o muy bien podían estar partiendo de premisas erróneas en la práctica de sus experimentos o, peor todavía, equivocaciones de medio a medio al desoyendo las voces de los que al otro lado de la puerta cerrada de su laboratorio discutían si debería ser al cruzar una calle o en una bifurcación de caminos donde, atardecida la abuela — que ya no era la pobrecita ni su sombra y se la rogaba para compararse de guacas a ramos y en circunstancias no dignas dramáticas pero sí un poco espectáculas.

—Pero qué querer — alguna de las cuñadas de Criquiato de sus hijos — si en todo de tiempo quedó muerta; ya no era la misma que... Tímida que guardaban las reverencias de siempre como era en guita, a ver si así... Pero ya aquella agacha de cabeza tan guaciosa, ¿se acuerda?, se parecía mucho más a un conejito.

La lengua de trapo le duró algo más pero sólo si le daba la gana y al acudir a tiempo: siempre con sus amigos y torcedores de acá para allá, que hacen un grito, "en el ambiente y todo, ¿hace?, que se le quiere ¿no se torcía?".

—Como que — alguna de las cuñadas de Criquiato de sus hijos — haga un momento en que no hacer ya carrera de él.

a, incluso a veces, nada más por puro compromiso y porque no se sintiera postergada como se había vuelto tan susceptible —, se cruzara de brazos frente a un autobús o francesa al lado de una vaca e interrogara: "¿Qué se entonces lo que quería que haga?".

Pero que la vida le duró se diría y que ella misma que entonces su propio cambio aunque se equivocara; y que que se puede hacer más que estar a no lado y mirar de comprenderlo.

Y que si no se verificaban criterios — cuando era día, de verdad se lo digo, de terminar bajo las ruedas de un tractor o perdida en la sección de bricolaje de algún centro comercial; y que cuántos mejor no estaría ella pensando unas pizcas a las abuelas o en su cocina, tan

Porque la tía Nines era gordita... por decirlo suave, o por lo menos con la suavidad que lo decía el abuelo Apolonio, que la adoraba.



Pero se la adorase o no — que como es natural tenía también sus detractores — en lo que **había que estar de acuerdo** era en que siempre fue una verdadera monería de gorda con su cinturita, muy bien marcada, y sus tobillos finos y su busto tan firme; y su boca tan roja y aquellos ojos suyos y... aunque para qué describirla si, entre las

fotografías encontradas en una caja de alfajores La Estepaña que permaneció durante años olvidada — hasta que nos cambiamos de casa y en la mudanza se vaciaron todos — en uno de los cajones del escritorio, apareció ésta de la única vez en toda su vida que salió de casa<sup>1</sup> para, por cierto y qué comparaciones tan tontas pueden hacerse a veces, poner sus piececitos desnudos en una playa.

Pero no se ahogó; o no porque no supiese nadar — que en verdad no sabía — sino porque pese a todos los *dimes* y *diretes* (que es como Alicia Lastra<sup>2</sup> nunca llamó a los “chismorreos” pero ciertas pretensiones literarias trascibieron así) Nines no cometió, hasta el fin de sus días, ninguna insensatez irreversible...

(Continuará)<sup>i</sup>

<sup>1</sup> Entendiéndose por “casa” obviamente no las cuatro paredes que nos resguardaban del calor o la lluvia o el frío sino el mundo tan particular en que habitábamos y por el que ella se movía, con sus tacones de aguja, como pez en el agua.

<sup>2</sup> Su “alter ego” durante los pocos meses que mediaron entre la espantada que pegó Gracia Clotilde cuando se enfadó y la destitución de la Aranguren mediana, que dejó de ser Genoveva — la Genoveva que habíamos conocido todos desde siempre — para ser reemplazada, en la persona de Lorena Fraile, por una tal Georgina de la que se murmuraba había intrigado y empleado malas, pero que muy malas artes, para desbancarla.

## Transgresiones de la sensibilidad

“a ver cuándo me hace usted unas poquitas”

---

<sup>i</sup> Pero no fue así, aunque no lo fue por culpa específicamente de nadie sino porque le había tocado – a ella, Nines, con aquel su tan buenísimo carácter y la gran facilidad que la adornaba tanto para adaptarse a lo que había como para emprender las empresas más tediosas con auténtico entusiasmo – vivir tiempos de inestabilidad, de grandes cambios en la estructura de una sociedad que, embargada por sus propias inquietudes, por sus miedos a romper las reglas del juego y verse marginada, se distanció del espíritu lúdico que tiempo atrás le diera vida, (a Nines), y no supo, (la sociedad), o no quiso, bajo el influjo de una nueva concepción de la realidad más taciturna, dar una solución vivaz, u ocurrente, o humorística, a un hecho tan del todo trivial como que nadie – porque ese tipo de situaciones se habían dado con frecuencia desde que nuestro mundo era mundo – tuviese una idea medianamente ingeniosa para explicar que, sencillamente, Nines había muerto a manos de la tía viuda de las de Cornejo que, cuando se vio allí, de pie delante de todo el mundo mirándola, se quedó en blanco – y eso que tenía no poca cuerda tramando chismes – y todo lo que se le vino a la cabeza fue el final del último capítulo de la novela de por la tarde.